

El libro infantil en Colombia

PATRICIA LONDOÑO

ALICIA FAJARDO M.

Reproducciones: Mario Rivera

S ABEMOS QUE desde el decenio de 1970 se aceleraron una serie de cambios en la vida de los niños en las ciudades colombianas y en el mundo editorial, que ampliaron el mercado de libros infantiles.

Las librerías empezaron a ofrecer mayor variedad y cantidad de dichos libros, los cuales a veces han llegado a ocupar cuartos o secciones enteras. Hoy, Mundo Libro Infantil en Medellín y la librería del Centro Experimental del Libro Infantil y Juvenil en Bogotá trajinan exclusivamente con este material.

En lo que va corrido del decenio de 1980, también han ido apareciendo bibliotecas dirigidas a los menores, aunque siguen siendo muy insuficientes y a veces se orientan más que todo a la realización de tareas escolares. Pero ya existen algunas que son pensadas para estimular el amor por la lectura entre los niños y los jóvenes. Pienso, por ejemplo, en la biblioteca, de carácter experimental, de consulta para adultos y de apoyo a los talleres con los niños, que funciona hace dos años en el Centro Experimental del Libro Infantil y Juvenil, y en la de la Fundación Rafael Pombo, abierta hace poco más de un año, ambas en Bogotá. O en el caso de las bibliotecas piloto que el Ministerio de Educación entregó en el municipio de Tabio (Cundinamarca) y en el barrio La Candelaria de Bogotá. Pienso también en la cadena de bibliotecas de Comfenalco o en aquellas anexas a las bibliotecas de las sucursales del Banco de la República en Pasto, Girardot, Riohacha y otras ciudades del país.

El surtido ofrecido en librerías y bibliotecas proviene sobre todo de libros importados. Sin embargo, en sus estantes se han ido acomodando las primeras muestras del libro infantil colombiano, aunque esta producción no alcanza a ser todavía ni el diez por ciento de los libros de este tipo que circulan en el país.

En conjunto, la calidad de los primeros ensayos dejaba mucho que desear, pero esto era explicable, pues no existía mucha experiencia en el oficio de hacer libros para niños. Faltaban editores preparados para asumir el asunto y, así mismo, ilustradores y escritores. Mucha ventaja nos llevaban otros países latinoamericanos como Argentina, México, Cuba o Brasil; este último, el único en Latinoamérica que ha sido distinguido con el más prestigioso premio en el género: el Hans Christian Andersen.

Cuando se suscitó el interés por los libros infantiles en los años setenta, poco a poco aparecieron cursos, conferencias y debates sobre el tema, a pesar de que buena parte de ellos se desperdiciaron en discutir las interpretaciones más fantásticas sobre los supuestos peligros que esta literatura podía encerrar. Con una visión del mundo cuadrículada, muchos de quienes así lo llegaron a pensar, dirigían su cantaleta sobre todo a los cuentos que no eran "propios",

pues consideraban que los cuentos que se transplantan de sus estructuras correspondientes son enajenantes, y punto. Proponían, en cambio, que se rescatara la obra de autores colombianos como Tomás Carrasquilla o Euclides Jaramillo Arango, entre otros, inspirada en el acervo costumbrista nacional, de alto valor literario y apta para el lector infantil y juvenil. También hacían un llamado a que se aprovechara la rica e inexplorada materia prima contenida en leyendas, tradiciones, folclor, creencias, cuentos y personajes de la memoria oral colectiva. A pesar de lo estrecho de su mira, señalar esto fue la parte meritoria de su trabajo.

Y, efectivamente, en los años ochenta empezaron a publicarse escritos que parecían atender este último llamado. Las coediciones latinoamericanas —una de las formas de superar las carencias y al mismo tiempo los problemas de un mercado que desde el punto de vista de las utilidades seguía siendo estrecho— se embarcaron en series como la dedicada a difundir entre los niños la propia tradición oral, iniciativa apoyada por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina (Cerlal) y coordinada en Colombia por Editorial Norma. Aunque de calidad dispareja, hubo en estos libros muchas cosas bien logradas.

Menos alentador resultaba el balance de las publicaciones nacionales que se han inspirado en un repertorio similar, a pesar de que algunos fueron galardonados en el Concurso Enka de Literatura Infantil, creado en 1976 y el primer estímulo para los autores locales del género. A algunos libros les hacía falta material gráfico, a otros les sobraba el que tenían, por malo; en general eran libros que no “daban punto”, pues no resultaban atinados ni el tono ni el ritmo, para que los niños —o los grandes— quisieran leerlos.

Fue en el terreno de las antologías de adivinanzas, poemas, cuentos cortos, trabalenguas y retahílas para niños desde la primera infancia, donde empezaron a lucirse los libros colombianos. Recordemos a *Polvorín, antología literaria para niños* y *País azul*, dos libros de Editorial Presencia, y sobre todo a los tres tomos de *Postre de letras: Arrume de rimas, Adivina, adivinador y Traba la lengua, lengua la traba*, que por su calidad merecieron en diciembre de 1986 el Premio al Libro Infantil y Juvenil Colombiano, que empezó a otorgar en esa ocasión la Asociación Colombiana para el Libro Infantil y Juvenil. Una diferencia entre este galardón y los que ya había antes radica en que éste no considera únicamente autores de textos, sino al libro en su conjunto: texto, formato, papel, ilustraciones, todo. Otra diferencia es que está planteado como un premio fijo, cada dos años. A excepción del de Enka, concursos como el Nacional de Novela Infantil, patrocinado en 1979 por el Centro para la Investigación de la Cultura Negra, los del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar o el Raimundo Susaeta de 1987, han sido ocasionales.

Los libros infantiles y juveniles de Editorial Norma

En 1985 *Editorial Norma* amplió su línea editorial a los libros infantiles y juveniles con miras a exportarlos a los países de habla hispana. Entre las editoriales que operan en Colombia, ésta es tal vez la que ofrece al mercado mayor variedad de títulos para niños, en su mayoría proyectos importados y traducidos que se imprimen y encuadernan en el país. Otras de las editoriales que publican este tipo de libros son Susaeta, Carlos Valencia Editores, Salvat y, en forma más esporádica, El Círculo de Lectores y Editorial Presencia.

Vale la pena echar una ojeada a lo que Norma produce en el campo que nos ocupa. Entre los libros de ficción, los hay de retahílas, trabalenguas, adivinanzas, poesías y rimas, todos ellos ilustrados, así como también otros de narrativa lograda únicamente a punto de imágenes. Hay otros, de carácter más informativo que literario, que consiguen su objetivo bien sea a través de lo gráfico, combinando lo visual con lo escrito o mediante actividades de escritura, dibujo y trabajos manuales que los niños pueden realizar. A esta categoría de no ficción pertenece *Así éramos los muiscas*, casi totalmente colombiano, coeditado por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, con textos de María de la Luz Giraldo de Puech e ilustrado por el brasileño Gian Calvi.

Obtuvo en 1986 la segunda mención en el premio de la Asociación Colombiana para la Literatura Infantil y Juvenil.

Los libros animados ofrecen resúmenes y escenas de cuentos clásicos infantiles, de aventuras de personajes como Popeye o el oso Yogui, de narraciones modernas, o proveen información sobre plantas, animales y cosas del mundo. Traen numerosas ilustraciones e imágenes tridimensionales de gran tamaño, que en algunas series permiten movimientos.

Los libros tridimensionales, “aclamados *best-sellers* a nivel mundial” (Catálogo de Norma, 1987, pág. 42), están dirigidos tanto a jóvenes como adultos. Son modelos a escala del *Principio de la vida*, la *Evolución* y el *Cuerpo humano* y otros; dibujos y caricaturas de grandes construcciones del mundo, de viajes por países exóticos, o del funcionamiento de trenes, barcos, aviones y automóviles, cámaras fotográficas, computadores personales; datos sobre la vida de los animales, acerca de personajes históricos o del clima. Uno de ellos, *Cristóbal Colón*, libro colombiano dedicado al quinto centenario del descubrimiento de América, alcanzó mucho éxito en la Feria de Francfort el pasado mes de octubre.

Los primeros libros infantiles colombianos

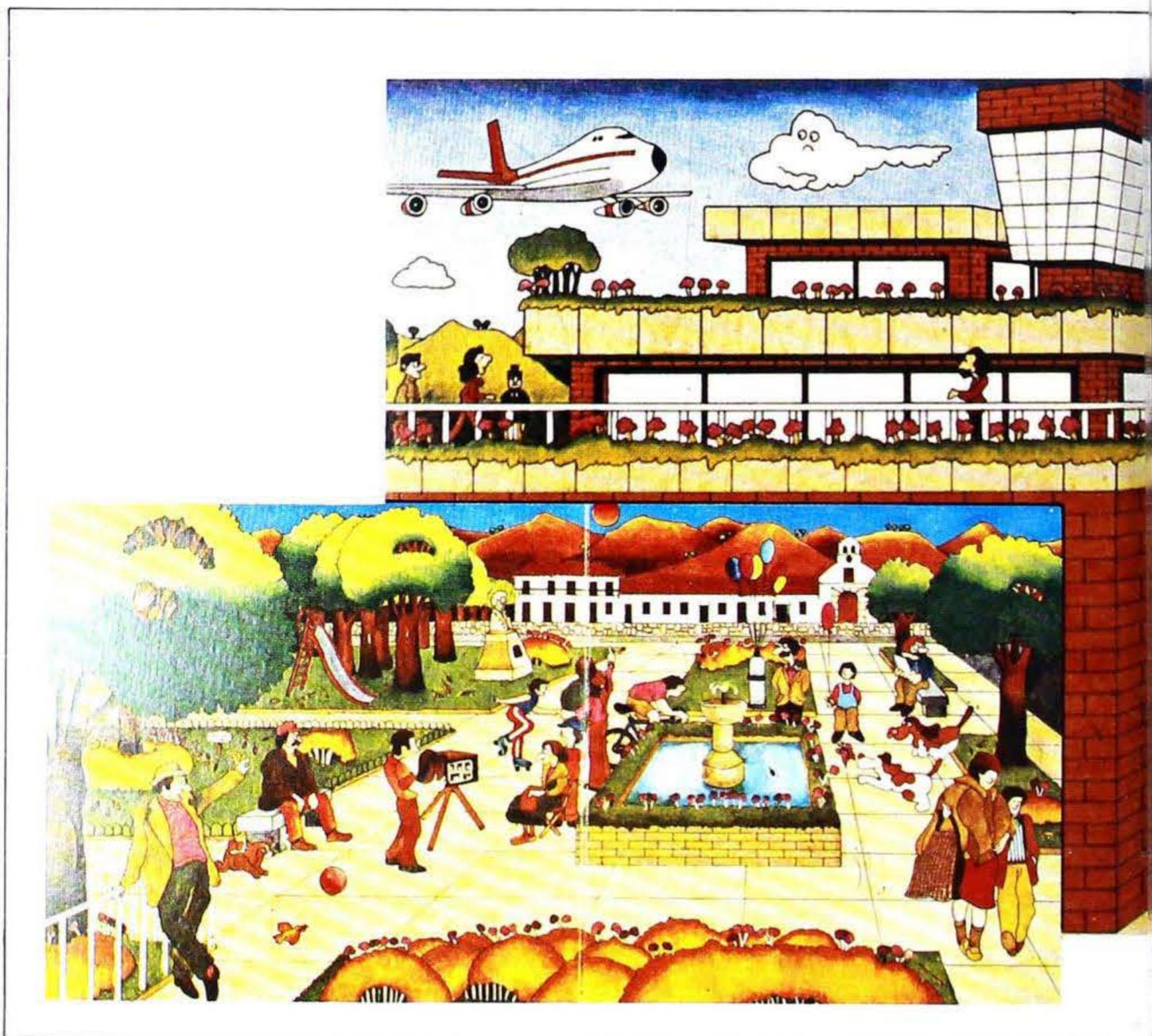
Con esta frase se están anunciando actualmente cuatro nuevas colecciones de Editorial Norma, las cuales paso a comentar en seguida. Son ellas: *Mira qué es esto*, pensada para los nenés; *Un mundo de cosas para mirar*, para párvulos de dos a seis años; *Chigüiro*, para niños de cuatro años en adelante; y por último la colección *Abra palabra*, que abarca diferentes edades. Su concepción y dirección estuvo a cargo de Silvia Castrillón; la dirección artística la desempeñó Diana Castellanos; la producción, Marta Forero. *Un mundo de cosas para mirar* fue publicada en 1986 y el resto en 1987.

1. Colección Mira, ¿qué es esto?

Seis libros con palabras ilustradas para bebés, que les muestran representaciones de su mundo más inmediato —como en *Mira tus juguetes*, *Mira tus cosas* y *Mira tu casa*— y de otros entornos que ellos aún desconocen —como en *Mira tus animales* y *Mira tus plantas*—. Para cada página, Cristina López dibujó un objeto de manera atractiva, realista y simple pero no esquemática, enmarcado por un amable margen de colores y nada más. Aunque se trata de un libro informativo, su intención, antes que atarugar al niño para que aprenda más rápido, es que éste disfrute con las imágenes y las reconozca, iniciándose de



Ivar Da Coll, *Chigüiro viaja en chiva*, Bogotá, Editorial Norma, 1987. Colección El Chigüiro.



Felipe Valencia, *La ciudad*, Bogotá, Editorial Norma, 1986. Colección Un mundo de cosas para mirar.



Martha Ruiz, *Mira tus cosas*, Bogotá, Editorial Norma, 1987. Colección Mira, ¿Qué es esto?



paso en el mundo de los libros y enriqueciendo su expresión verbal y gráfica. La última página trae sugerencias de juegos que los adultos pueden realizar al mirar los libros con los pequeñines, identificando con éstos los objetos, los colores, lo que más les guste, para qué sirven las cosas, etc., sugerencias que se rematan con el consejo de que “todas estas actividades deben tener carácter de juego y no de tarea escolar”.

2. Colección Chigüiro

Al recorrer las secuencias de imágenes que muestran cada uno de los seis libros de esta colección, los niños de cuatro años en adelante pueden armar historias de cómo el chigüiro viaja en chiva, se hace el chistoso, encuentra ayuda, juega con un lápiz o con un palo, seducidos por la forma tierna, pícaro, juguetona y solidaria como actúa este animal.

Al final del libro se informa quién es el protagonista: un simpático mamífero, el roedor más grande del mundo, que habita en manadas cerca de los ríos, lagunas y pantanos de algunos países suramericanos, especialmente de Colombia y Venezuela, y actualmente en proceso de extinción. Hay otra nota titulada “A los padres”, donde se explica a los adultos qué utilización cabe dar al libro. Por último, se incluye un autorretrato y una breve nota en que Ivar da Coll, colombiano a pesar de su nombre, autor de las historias y las ilustraciones, les dice a los lectores que nació en 1962 y que, entre otras cosas, ha sido “príncipe, león, ogro, y hasta ratón”, cuando era titiritero y ahora como ilustrador.

3. Colección Un mundo de cosas para mirar

He aquí otra media docena de libros informativos en imágenes para niños que aún no saben leer. En ellos aparecen los “elementos que componen la vida familiar, la organización social, la cultura y la diversión” (Catálogo de Norma, 1987), cada uno trabajado por una persona diferente, así: *La ciudad*, por Felipe Valencia; *La escuela*, por Stella Cardozo; *La casa*, por Cecilia Cáceres; *Las diversiones*, por Esperanza Vallejo; *La granja*, por Ivar da Coll, y *El mercado*, por Alekos. La colección obtuvo el segundo premio en el Concurso Nacional de Carátulas (1987), organizado por la Cámara Colombiana de la Industria Editorial (el primer premio lo recibió un libro para adultos).

Es similar a la colección *Mira, ¿qué es esto?*, pero dirigida a niños un poco mayores, de dos a seis años. Las imágenes, que recrean aspectos del tema al que se dedican las diez páginas de cartón grueso que forman cada volumen, pueden servir como punto de referencia para que los niños se imaginen historias. Así aprenden a “formar conceptos, hacer generalizaciones y enumeraciones, establecer relaciones...”. (Catálogo de Norma, pág. 10) y a desarrollar el gusto por la lectura.

4. Colección Abra palabra

Esta colección trae muestras de la tradición literaria oral, latinoamericana y mundial. Se trata de una colección abierta, de la que irán saliendo nuevos títulos, apta para diferentes edades. Hasta ahora se han publicado *El mico y el loro*, *La casa que Juan construyó*, *Palabras que me gustan*, *Rafael Pombo, poemas* y están anunciados otros títulos de próxima publicación: *Cúcuru*

Mácara (poesía folclórica), *Tope tope tun* (arrullos, rimas y juegos) y *Ensalada de animales* (otro de tradición oral). Como en este caso no se trata de una serie, voy a examinarlos uno por uno.

—*El mico y el loro*, mi favorito, es un relato en verso, de tradición oral, ilustrado por Diana Castellanos. Se trata de un libro con texto cómico, sonoro y corto, en letra grande, y con ilustraciones donde están retratados nuestros pueblos de la costa caribe. Un libro que cumple todos los requisitos para que a los niños mismos les provoque leerlos. Es la historia de dos animales que imitan, el uno con su gesto, el otro con su hablar, al hombre, los cuales un buen día se montan en una absurda pelea de la que no sobrevive sino uno de ellos, que tiene que desterrarse inmediatamente después.

No pienso que los libros para niños tengan la función de predicar tal o cuál forma de pensamiento o de comportamiento. Afortunadamente, hoy ya empieza a calar la idea de que parte de su razón de ser es el goce y enriquecimiento de la imaginación. Pero esto no quiere decir que dejemos de ver el mérito y, por qué no decirlo, hasta la utilidad, del mensaje o contenido que puedan tener los libros cuando estos transmiten valores positivos, y lo hacen de forma implícita, de tal manera que no le señalan derroteros estrechos de comportamiento al lector. Me parece que esto sucede con el libro *El mico y el loro*. Allí, tanto el texto como las ilustraciones muestran lo ridículo que resulta la violencia por la violencia, y eso hoy vale la pena destacarlo.

Las ilustraciones de Diana Castellanos motivaron la inclusión del libro en la lista de honor que selecciona la Organización Internacional de Libros para Niños y Jóvenes (International Board of Books for Young People). En la página final hay una espontánea nota autobiográfica de la ilustradora, cuyo nombre ya era bien conocido por sus anteriores trabajos.

—*La casa que Juan construyó*, otro libro basado en la tradición oral. Como en esta ocasión sí se da el crédito completo, podemos saber que se trata de una retahíla de origen inglés, adaptada e ilustrada por Diana Castellanos, quien se regodea mostrando aspectos del barrio bogotano de La Perseverancia, al que dedica el libro. Aparecen las calles, las casas por dentro y por fuera, los tenderos y otros residentes, los burros, perros, gatos y hasta un gallinero en un tejado, calcado de la realidad. Cada página contiene multitud de detalles para ver y volver a ver, pues siempre se podrá hallar algo en que antes no se había reparado. La presentación es impecable. Los colores, especialmente aquellos azulosos del paisaje urbano de las guardas, son muy bellos; y el papel, un tris más grueso que en el libro anteriormente reseñado, le sienta bien.

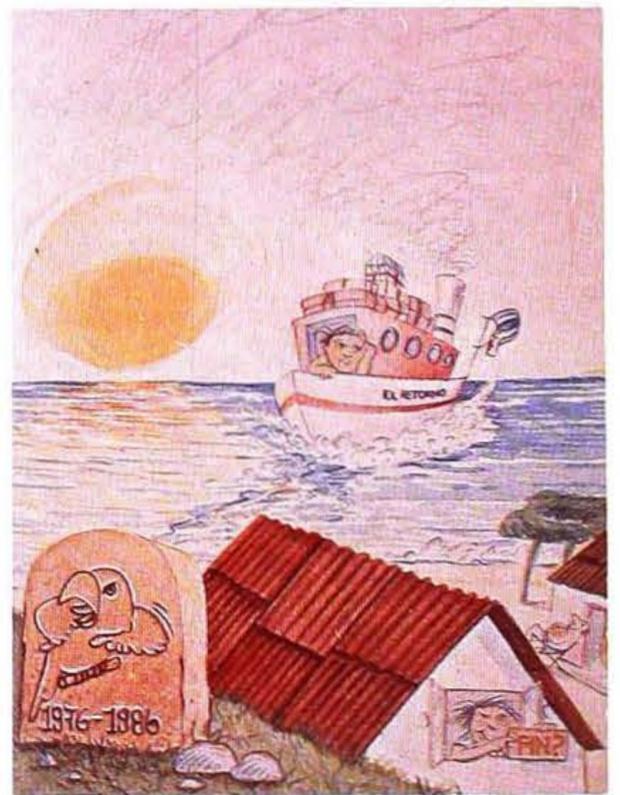
Como vimos, se habían hecho antes en el país muchos otros esfuerzos por rescatar la tradición oral a través de la literatura infantil, pero las ediciones siempre habían fallado en algunos o en todos los elementos que componen el libro. Por ello resulta tan gratificante repasar este par, donde son agradables la adaptación del texto, las ilustraciones, el tamaño de la letra y el formato.

—*Palabras que me gustan. Diccionario fantástico*. Quien ama los libros casi siempre se enamora a su vez de los diccionarios. Y existen muchos estilos de diccionarios. En éste, Clarisa Ruiz escogió un centenar de palabras que le gustan porque la hacen reír, porque le suenan bien, porque la asustan, por ser chiquitas o por grandulonas. La selección es tan personal como la que podría hacer cualquier otro que emprendiera la misma tarea. Lo importante aquí es



Alekos, *El mercado, Bogotá*, Editorial Norma, 1986. Colección *Un mundo de cosas para mirar*.

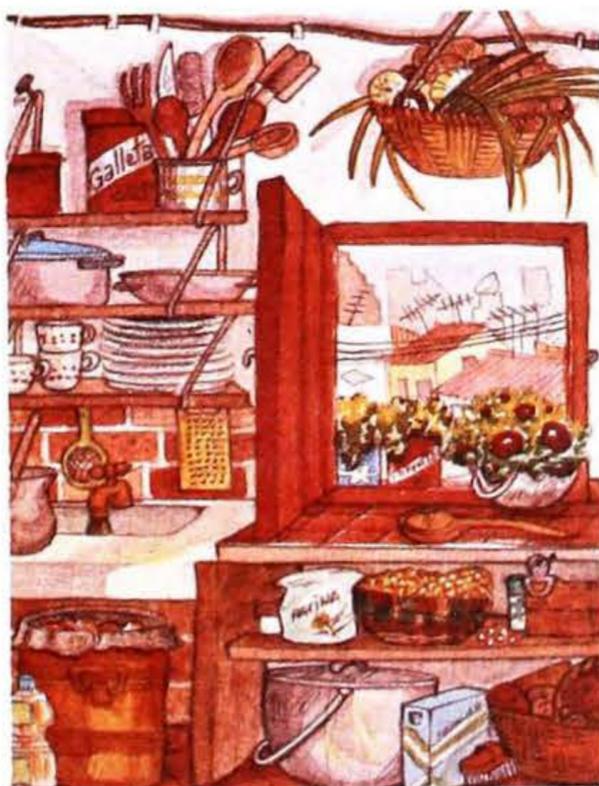
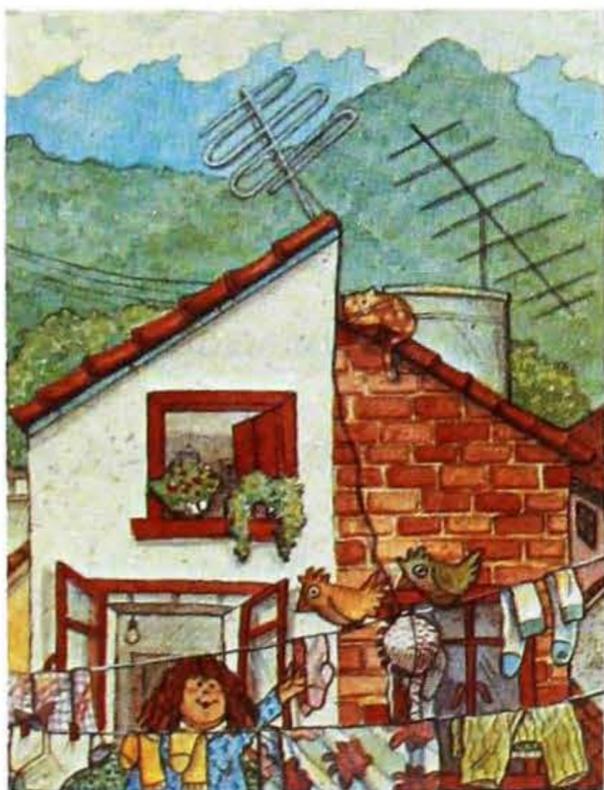
Hacia arriba vuela el loro.



El mico y el loro: tradición oral, ilustraciones de Diana Castellanos, Bogotá, Editorial Norma, 1987. Colección *Abra Palabra*.



Cómo surgieron los seres y las cosas, Editora Marta Muñoz de Coronado, Coedición Latinoamericana, 1986.



La casa que Juan construyó, ilustraciones de Diana Castellanos, Bogotá, Editorial Norma, 1987. Colección Abra Palabra.

que éste no es un diccionario cualquiera; es decir, no es lógico ni común. Cada palabra “se define” mediante la transcripción de un poema, una canción, un trabalenguas, un trozo de un cuento o una novela, escritos por ella misma o tomados de distintos autores, no importa cuál sea su época, su geografía, si son famosos o desconocidos.

Esperanza Vallejo acompañó cada palabra de ilustraciones, a veces una sola, a veces varias, las unas grandes, las otras chicas, y en las dos últimas páginas agregó dos hojas de cuaderno rayado para que el dueño escriba sus palabras favoritas.

—*Rafael Pombo, poemas* trae algunos de los mismos poemas que estaban en el libro *Cuentos pintados* que todos conocimos desde pequeños y otros menos conocidos, pero igual de sabrosos. Tanto nos habíamos acostumbrado a los personajes dibujados por Casajuana, que ponerse a ilustrarlo de nuevo era casi un atrevimiento, y otros intentos no habían sido muy afortunados. Pues, en el caso que nos ocupa, el caleño Nicolás Lozano lo hizo y le fue bien. Hay que agregar que la diagramación es muy cuidadosa.

Para concluir

Cuatro colecciones ideadas, ilustradas, impresas y encuadernadas, y en su mayor parte escritas en el país, dirigidas a la gama completa de edades de los “lectores” infantiles y que abarcan todas las posibilidades de “lectura”: de la imagen, del texto literario y del texto informativo. Cuatro colecciones que reconocen que deben existir varias clases de libros para los niños, al igual que sucede para los adultos, pues los lectores tienen necesidades distintas que dependen de la edad, pero también de los gustos y preferencias. Por todas estas razones, cabe afirmar que se trata de un hecho nuevo e importante en el mundo editorial colombiano.

Incluye textos conocidos, como los poemas de Pombo, algo de tradición oral, e igualmente comprende otros tipos de libros que no se habían hecho antes en el país. Me refiero a aquellos pensados para los que todavía no saben leer. Otra novedad consiste en la atención integral que recibe el libro: todas sus partes importan y se les da un tratamiento profesional, que denota un trabajo de equipo y la trayectoria de las personas que en él participan. Es de hacer resaltar el papel que cumple la imagen —y, por consiguiente, la calidad de la impresión—, algo muy descuidado en otros proyectos.

El esmero en la confección de los libros que nos ocupan y de otros títulos total o parcialmente colombianos, que se han producido recientemente, indica un elevamiento la calidad que permite evaluar cuánto se ha adelantado en Colombia en este campo y el efecto que van dejando el fogueo con los lectores, los cursos, talleres, premios, bibliotecas y listas de libros recomendados elaboradas por personas conocedoras del tema, en las que empieza a basarse la demanda.

Por último, un detalle llama la atención: la literatura para jóvenes brilla por su ausencia en estas colecciones. Pero recordemos que es en este terreno donde sigue siendo más aguda la escasez de autores nacionales. Mirando el camino recorrido, es de esperar que dentro de un tiempo empiecen a aparecer. Por ahora es un gusto encontrar estas nuevas colecciones infantiles colombianas.

Patricia Londoño

Socaire

*Socaire*¹ es un cuento infantil donde el humor y la ternura corren paralelos a las aventuras de una niña de nueve años y de su amigo, “el capitán loco”. El verdadero nombre de la pequeña es María Isabel, pero su viejo abuelo pescador la llamaba “Socaire”, que quiere decir ‘al abrigo del viento’. El capitán, su compañero de juegos, es un hombre disciplinado en su trabajo, pero en los períodos de descanso se dedica a las travesuras. Divirtiéndose en la playa o navegando por el mar, los dos personajes exploran los secretos de la amistad y del mundo submarino.

Empleando elementos característicos del cuento infantil y de la fábula —la niña que disminuye de tamaño o la presencia de la tortuga y el delfín parlantes—, Pilar Lozano transforma los arquetipos provenientes de la tradición europea a los que el lector-niño está acostumbrado. El “había una vez un capitán loco”, con que se inicia el cuento, continúa fluyendo en un lenguaje simple, infantil y cotidiano; gracias a frases breves y transparentes, entra en escena un capitán entre cuyas locuras se cuenta el anhelo de arrullar a una niña, en lugar del de tener un varón “para que creciera igual a él”; aparece también la pequeña Socaire, a quien gustan más los balones que las muñecas y quien quiere ser pelota para así poder saltar tan alto como desee.

El mundo de fantasía en que coexisten los pobladores de esta historia es el mundo del conocimiento y del juego. En compañía del capitán y posteriormente con la tortuga Tomasa y el delfín Serafín, Socaire recorre las profundidades del mar averiguando lo que son las esponjas silíceas y las algas microscópicas, y aprendiendo las diferencias que existen entre el sinnúmero de seres que habitan bajo el océano. La naturaleza didáctica de *Socaire* no disminuye en nada la cualidad lúdica del relato ni el interés que despiertan las aventuras de los personajes. Por el contrario, el proceso de aprendizaje del lector es simultáneo con el de la chiquilla, lográndose así la empatía entre uno y otra, y la introducción del primero en el cosmos del cuento.

Fuera de su actividad periodística, Pilar Lozano ha recorrido el espacio de la imaginación infantil con la publicación de *Socaire* y con su último libro *Colombia, mi abuelo y yo* (1987); éste es un texto-cuento de geografía, concebido como una narración puesta en boca de un niño que, junto con su abuelo, descubre las maravillas del universo y de nuestro país. A la calidad y gracia de ambas historias, se suma el acierto con que Olga Cuéllar elabora las ilustraciones que las acompañan. Sus dibujos recrean e interpretan logradamente los sucesos relatados y suscitan en el plano visual la misma simpatía que los personajes inspiran en el plano narrativo. La historia de la niña y de su loco amigo está poblada de los detalles con que Olga enriquece el cuento, y las caras sonrientes de los aventureros, de los caballitos de mar y de Serafín, van junto a la sonrisa del lector que se interna en su mundo.

Juan Tabaco

También del fondo del océano, del interior de la burbuja que se formó cuando un caballito y una caballita de mar se besaron, emerge Juan Tabaco. *Juan Tabaco*² es una carpeta de quince serigrafías en siete colores y sus respectivas reproducciones para ser coloreadas; los dibujos ilustran, con figuras cándidas, las preguntas que se hace el sorprendido personaje de la burbuja cuando sube a

¹ Pilar Lozano, *Socaire*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1987, 74 págs.

² Giuliana Anzellini F., *Juan Tabaco*. Ténjo, Taller Gráfico de Javier Gutiérrez, 1987, 34 págs.



Palabras que me gustan: diccionario fantástico. Clarisa Ruiz, ilustrado por Esperanza Vallejo. Bogotá, Editorial Norma, 1987.

la superficie y observa cuanto le rodea. “¿Por quién suspira la ballena?”, se pregunta Juan. “¿Dónde descansa mi sombra cuando yo me acuesto?”; “¿quién vive en la barriga de la guitarra?”; “¿qué historia contarán mis zapatos cuando se les despega la lengua?”.

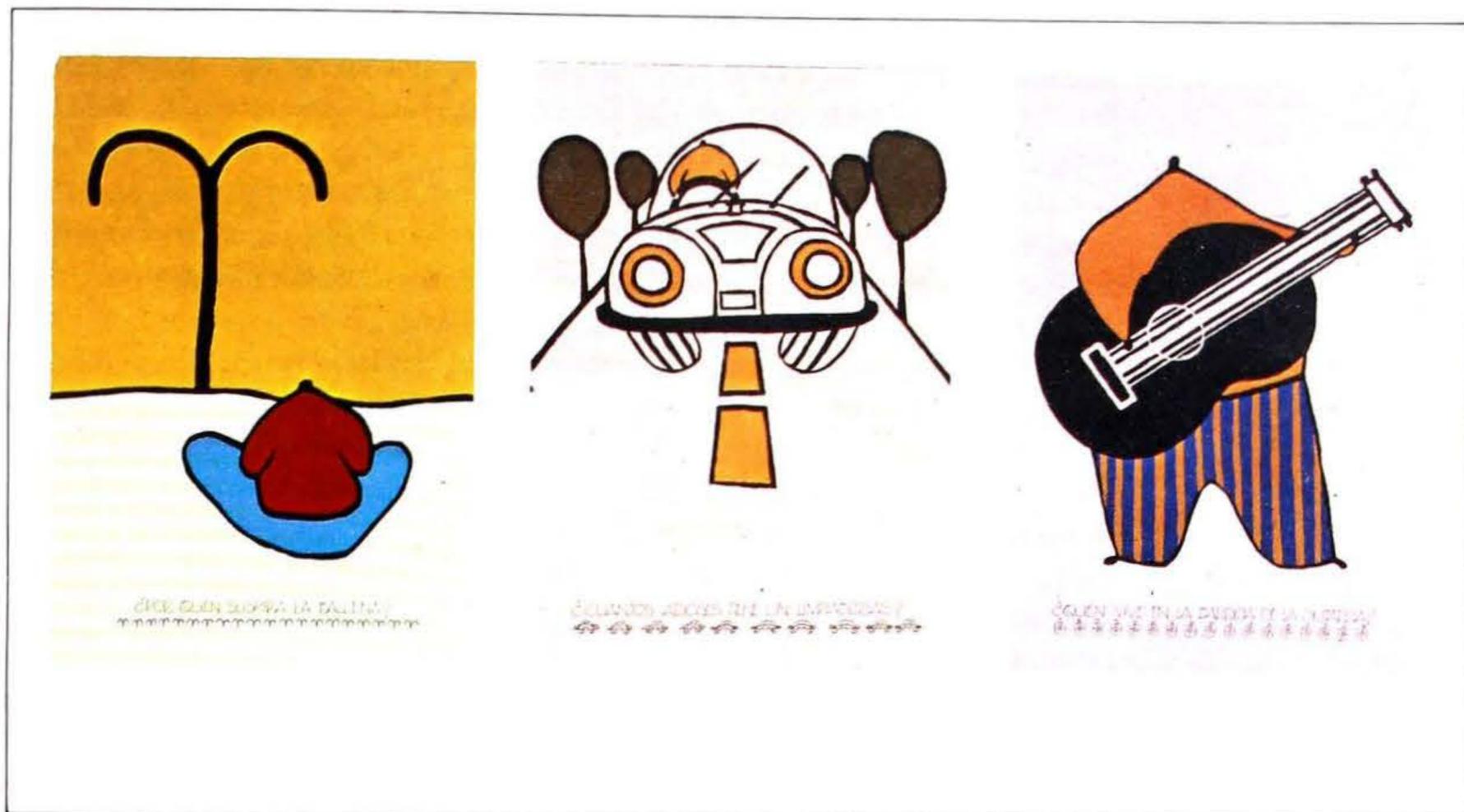
Y esas respuestas las busca Juan en los niños, cuya ingenuidad e imaginación es comparable a la de quien formula las preguntas. Es por eso que las explicaciones dadas por los que han visto el trabajo de Giuliana Anzellini han satisfecho a Juan Tabaco: “La ballena suspira por el ‘ballenato’ ”, respondió uno; “los zapatos cuentan que están viejos, ‘jartos’ y cansados”, escribió otro.

Giuliana fue ganadora del segundo lugar en el concurso de cuento Juan Rulfo, celebrado en París (1986), con su relato *La enseñanza de Buda*. En su reciente creación pictórico-literaria, espera que sean sus lectores quienes completen la labor: el volumen de esta obra sólo hallará su plenitud en la medida en que los niños reciban el mundo que Juan les ofrece, lo llenen de sus propios colores y cuenten sus propias historias a quien aún no sabe cuántos adioses tiene un parabrasas.

Retozos pluviosos

Al parecer, el universo del agua es un lugar de donde recurrentemente surgen la fantasía y la magia de la infancia. En *Retozos pluviosos*³, la lluvia invade la prosa poética de Alvaro Morales Aguilar y se constituye en el motivo en torno al cual giran sus composiciones. Como en su obra anterior, *Vida y asombros de don Ruma* (1984), Morales se nutre en *Retozos* de la dinámica de un contexto rural; en aquélla, el protagonista es el sabio y anciano cuentero popular de cuya boca “de sombrero de mago” salen innumerables historias.

³ Alvaro Morales Aguilar, *Retozos pluviosos*. Bogotá, Sección de Imprenta y Publicaciones de la Contraloría General de la República, 1987. 42 págs.



Giuliana Anzellini F., Juan Tabaco. Tenjo.
Taller Gráfico de Javier Gutiérrez, 1987.

Sin embargo, en ambas obras se advierte falta de dominio sobre el material con que se elaboran las creaciones. *Vida y asombros* evidencia debilidades técnicas que se manifiestan, por ejemplo, en diálogos que fluyen trabajosamente, o en una voz omnisciente que disminuye la eficacia de la modalidad oral de las narraciones de don Ruma. El relato se desenvuelve, además, a través de una serie de breves historias populares encadenadas, que bien podrían prescindir de la historia principal que las enmarca; ello se debe, sobre todo, a la falta de volumen de los personajes, que pierden su perfil individual al ser superados por la dimensión que adquieren los acontecimientos.

También en *Retozos* se manifiesta esta carencia de control sobre el lenguaje literario. El libro está formado por un conjunto de fragmentos que recurren a episodios de la infancia, en los que la lluvia cambia el ritmo de las actividades; la lluvia es el momento insólito en que los niños inventan nuevos juegos y se dedican a la ensoñación. El tono descriptivo de estas composiciones se queda en el nivel de lo obvio y elemental; de allí que inhiba la formación de imágenes poéticas de calidad que alimenten e impulsen la fantasía del lector. Tal es el caso de *La lluvia y la solidaridad*, donde el autor ancla en el simplismo, al referirse a los cambios que se operan en la gente cuando llueve: “Empiezan a desnudarse las nubes/ los techos a murmurar/ enseguida nos/ reunimos a conversar./ Si arrecia y se desbandan los rayos y se despeñan/ los truenos,/ nos acordona el pavor/ y nos amarra la boca”. En otros casos, la pobreza del lenguaje lleva a que el yo lírico se estacione en lugares comunes como los de su exclamación “¡Bella es la naturaleza!”, ante el espectáculo de la tormenta, o su referencia a la perennidad del croar de los sapos “con que habremos de dormir/ jamás por siempre”.

Por otra parte, en aquellas instancias en que el autor pretende concebir metáforas que tengan vuelo poético, se limita a un reducido repertorio de

referentes; las gotas de agua, la tormenta y los charcos constituyen las principales manifestaciones naturales a las que Morales acude para la recreación literaria del fenómeno de la lluvia. En consecuencia, el lector se halla ante una cadena de imágenes que, dada su repetición, pierde fuerza: las gotas de lluvia son chispas de icopor, maíces de agua, centavos, harina, pulgas relumbrantes; el agua empozada en las calles semeja lunares, ojos de agua, mares enanos de agua de azúcar; la tormenta es un tropel de fiesta, candela y humazón.

El título de la obra anuncia una atmósfera de alegría y juego que posteriormente se ve opacada por un lente de nostalgia. Este libro se sitúa más en el plano de lo que es la evocación de escenas infantiles desde el punto de vista de un adulto, que en la dimensión de una obra para niños. El lenguaje sencillo no es suficiente para hacer de ésta una obra infantil, puesto que el tipo de reflexiones que la constituyen parten de la añoranza del pasado, rasgo ajeno a la mentalidad de los niños. Dentro de esta línea se halla el poema *La lluvia y la infancia*: “Desde los días de la estera/ y de los baños en batea/ a esta parte, se ha ido/ forjando la vida a machacones/ de herrero y el cuerpo camina/ y respira cuarteado por los años”.

A la rigidez y unidimensionalidad literaria de *Retozos*, corresponde la de sus ilustraciones, también realizadas por Alvaro. Se trata de representaciones de trazos infantiles en los que el autor adulto no logra superar su poca disposición para el dibujo; supongo que la convicción que subyace a esta iniciativa es la de que “lo que es infantil, es para niños”. No obstante, pienso que tal actitud pasa por alto el horizonte de expectativas tanto del niño como del adulto. En literatura, así como en pintura, el género infantil es la plasmación de un potencial imaginativo y creativo que el niño aún no está en capacidad de concretar y que el arte viene a incentivar y a suplir. Las ilustraciones y los contenidos de *Retozos pluviosos* no trascienden la dimensión de lo posible infantil, y por lo tanto este libro no alcanza a situarse como objeto logrado dentro de su género.

Sonajerías

En la esfera del color y la literatura en que se halla *Juan Tabaco*, también gravita *Sonajerías*⁴ de Mariela Zuluaga; esta obra reúne veintiún poemas acompañados de dibujos para colorear. Como lo sintetiza el editor Carlos Buritacá en su presentación del libro, éste pretende posibilitar a los niños una relación integral entre “la palabra, la imagen y el color”. Es además un intento de ponerlos en contacto con las diversas actividades laborales que se llevan a cabo en la sociedad, y de familiarizarlos con las variantes fonéticas de la lengua.

Consecuente con este objetivo, la autora agrupa sus poemas en dos secciones bajo los títulos de Oficiantes y Sonajerías. En la primera desfilan, entre otros, el pintor, el conductor y el soldado, y en la segunda se operan juegos verbales que extreman los ya iniciados en Oficiantes. Las imágenes poéticas de las composiciones surgen de la libre asociación de la fantasía infantil: el panadero hace cosquillas al trigo, mientras el panaderito “coge el humo de las trenzas/ y sueña con las almohadas” (pág. 23); por su parte, el soñador “sueña una nube/ de bombas y chocolate/ con mariposas que cantan/ jugando a las escondidas” (pág. 25).

⁴ Mariela Zuluaga, *Sonajerías (poemas para colorear)*, Bogotá, La Rana de Oro, 1985, 49 págs.

Los versos de *Sonajerías*, fundados más en las combinaciones de sonidos y palabras que en el desarrollo de un sentido lógico, se constituyen a base de frecuentes aliteraciones. Mariela explota la riqueza del lenguaje y sus alternativas de ritmo interno y de rima, logrando así juegos de palabras con una dinámica propia: “Gira/ que gira/ la rueda/ reloca/ rebelde/ que rueda, y ruedan/ la danza/ guerreras/ parejas/ que giran,/ que avanzan” (*Rueda reloca*). Indudablemente, los poemas que se sitúan en esta línea sonora son los mejor logrados de la obra. Desafortunadamente, los dibujos que acompañan a los poemas van en detrimento de su espíritu lúdrico y simplifican sus posibilidades visuales. A pesar de que las ilustraciones de Fernando Abella captan y representan logradamente aspectos del movimiento físico y de que su formato es el adecuado para imágenes que han de colorearse, los dibujos se ciñen estrictamente al texto. Abella no explora creativamente el material literario proporcionado, limitando así el potencial figurativo que éste ofrece.

Los seres y las cosas

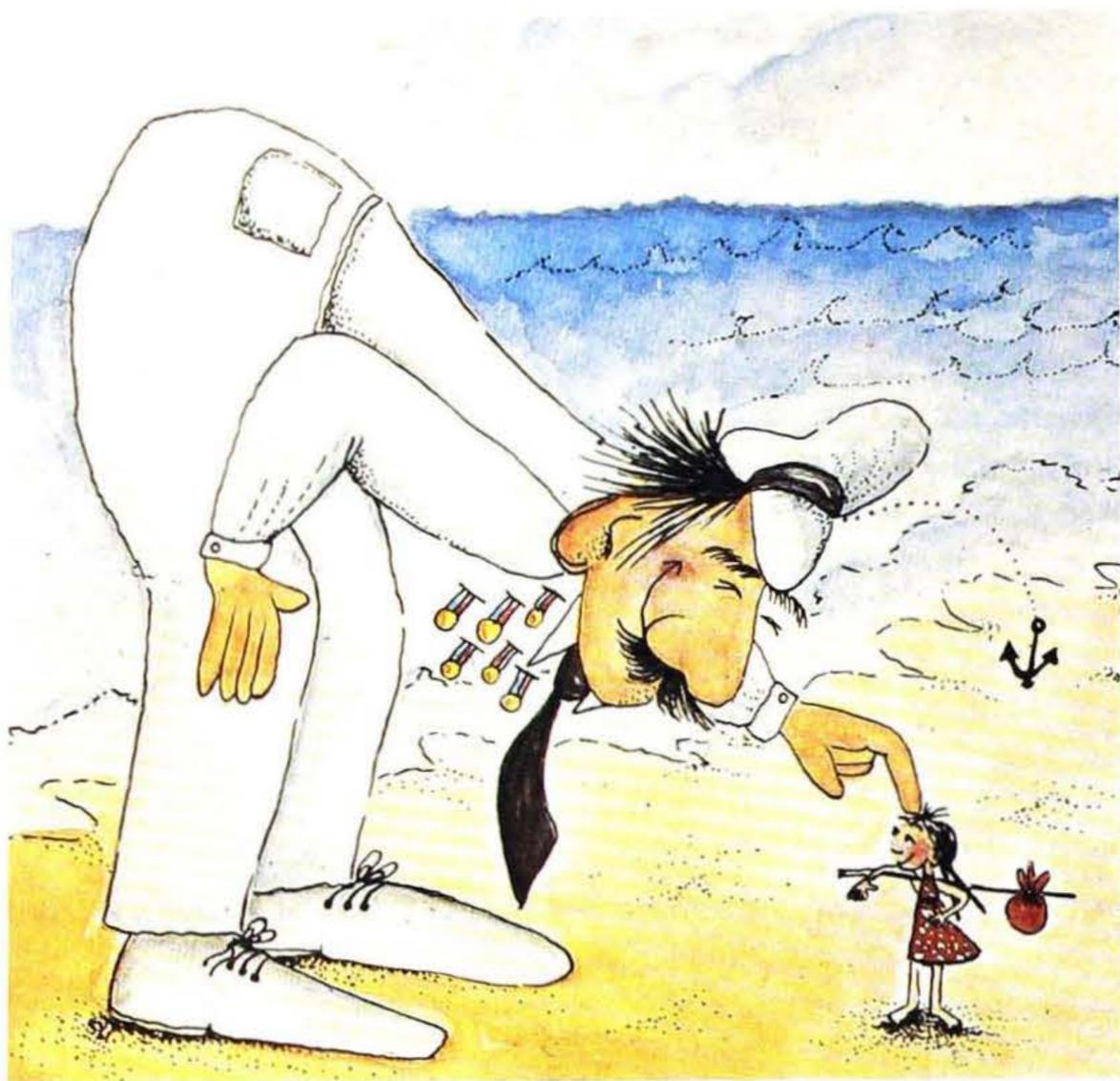
De muy distinto signo son las ilustraciones de *Como surgieron los seres y las cosas*⁵ donde predominan el color y las interpretaciones imaginativas. El acierto de esta edición está en el hecho de reunir materia literaria y pictórica de diversos autores, con el objeto de proyectar una imagen múltiple de las leyendas y mitos latinoamericanos. Este libro es parte del programa de Coedición Latinoamericana de Libros para Niños, el cual, bajo los auspicios del Cerlalc y la Unesco, agrupa artistas y editoriales de doce países centro y suramericanos. Los relatos de esta obra provienen en su mayoría de la tradición oral y son un esfuerzo conjunto para preservarla y divulgarla. Autores originarios del país donde ha surgido determinado mito, o residentes en él, lo recrean literariamente nutriéndose de la compilación de leyendas que se ha realizado en el campo antropológico y etnográfico.

“El mito cuenta una historia sagrada —apunta Mircea Eliade—; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial [...] cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución” (*Mito y realidad*, pág. 12). Y es en esta dimensión de lo sobrenatural donde nuestras comunidades primitivas actuales aún ubican la explicación a fenómenos tales como el día y la noche o el de la aparición del arco iris.

Cuenta el mito de los cashinahuas del Brasil que Iasá, aunque enamorada del hijo del dios supremo, es obligada a desposarse con Anhangá, el demonio. Antes de la boda éste permite que Iasá visite por última vez a Tupá, no sin antes abrirle una herida en el brazo para poder seguir su rastro. Es así como, en su fallida trayectoria hacia el cielo, la sangre de la joven, mezclada con los colores de la naturaleza, describe la forma del arco iris.

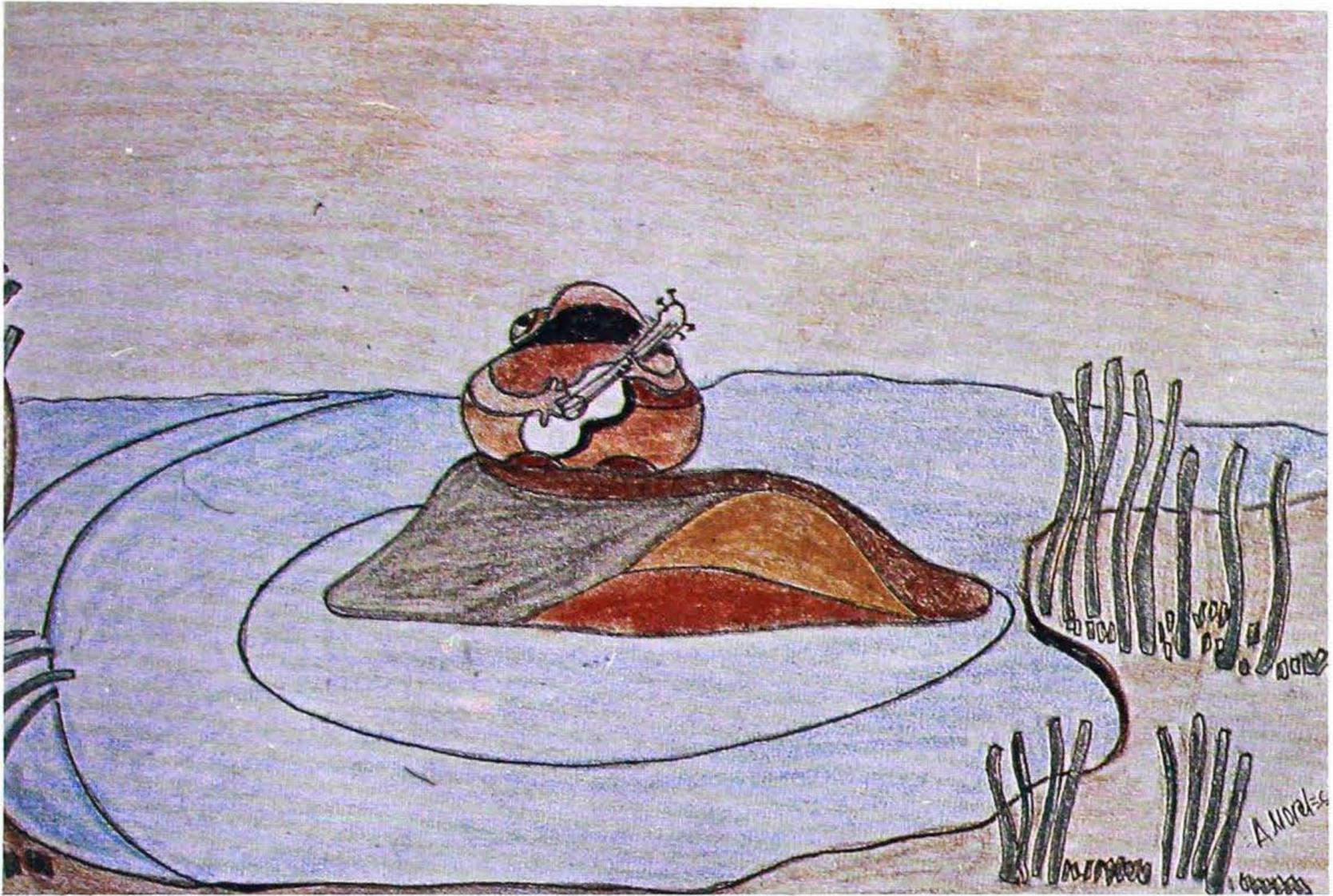
Siguiendo la estructura cíclica y repetitiva del relato mítico, las frases cortas y las invocaciones mágicas, los cuentos de *Cómo surgieron*, nos remontan a los tiempos primordiales del hallazgo del fuego y de la institución de los oficios. El colombiano Hugo Niño cuenta la creación mítica de la tribu de los ticunas, basándose en la versión recogida en la aldea de Puerto Nariño; Lizandro Chávez narra la forma en que los miskitos se asientan a las orillas del Wangki

⁵ Marta Muñoz de Coronada (compiladora), *Cómo surgieron los seres y las cosas*, coedición latinoamericana, 1986, 104 págs.



Arriba: Pilar Lozano, *Socaire*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1987.

Abajo: Mariela Zuluaga, *Sonajerías*, Bogotá, La rana de oro, 1985.



DISCULPACION DE LA LLUVIA

Retozos pluviosos, Alvaro Morales Aguilar, Bogotá, Sección de Imprenta y Publicaciones de la Contraloría General de la República, 1987.

guiados por el heroico Waikna; Miguel Barnet explica los orígenes de las aves de colores. La memoria de los pueblos, llevada a la literatura, remite a ese mundo mágico en el cual tanto los hombres como los niños intentan asir la razón por vía de la fantasía.

De las diversas propuestas que nos ofrecen los autores hasta acá mencionados, emergen dos constantes que podrían caracterizarlas: el empleo de la imagen y la palabra como medios que conjuntamente educan al niño, fomentan y alimentan su capacidad imaginativa. Así mismo, se advierte en todos ellos la necesidad de que aquéllas se relacionen con un contexto familiar a sus lectores: al parecer, los caminos que busca el género infantil en nuestro país se desvían cada vez más del que conduce al palacio de la bella durmiente.

Alicia Fajardo